BIBLIOTECA MARCEL LÍ DOMINGO

BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal



BREVE DIGRESION SOBRE FIESTA Y FERIA

POR

F. Gas Carpio

Se me ocurre pensar que es atávica en todo ser humano esa inclinación al festejo. Por eso, tal vez, no se abandonan a la casualidad o al capricho de los particulares las diversiones que forman parte del bien general, a regir y reglamentar por lo menos hasta cierto punto.

Ello no es cosa de hoy ni de ayer. Desde que bajo la romanización dejamos los peninsulares nuestra desconexión con la Historia, la fiesta, como diversión pública, es algo establecido y reglamentado: ruinas de circos y teatros, de anfiteatros y naumaquias, dan fe en toda España de espectáculos públicos formados por luchas de hombres y fieras, carreras de caballos y carros y representaciones escénicas. La caída del Imperio y el triunfo de los septentrionales borró del orbe el concepto de las fiestas romanas.

Creo que la diversión por antonomasia de la Edad Media era la caza. La de fieras, de mayor agitación y riesgo, y más tarde la de aves, de más artificio e ingenio: montería y cetrería. También existió el torneo, forma de pequeña guerra, no enteramente incruenta las más de las veces, pero no fué una diversión común, sino eminentemente clasista y esporádica.

Más importancia, sin duda, tiene en el Medioevo la romería, de rancio sabor popular, que agrupa a los hombres por sus afinidades entre sí y su afición al lugar a que ella se dirige. Hay en la romería una aspiración al solaz común, a la concurrencia y a la publicidad de caracteres y condiciones. En ella surgen multitud de competiciones y juegos: el luchador, el tirador de peso, de barra, el corredor pedestre, el saltador y el garrochista, han surgido de ellas. Y lo mismo la afición al canto y a la danza popular. La romería alcanza su punto álgido de desarrollo en el siglo XII, cuando aún no existen en nuestra península grandes núcleos urbanos.

En el siglo XIII, el desarrollo de la vida en las ciudades trae una nueva modalización en las diversiones. No se abandonan las de antaño, pero pierden su primacía en favor de otras nuevas: justas, juegos de caña y sortija y luchas de toros hacen su aparición. Y lo que es más importante: este siglo es por antonomasia el de los trovadores y juglares, el que inicia el vuelo de la poesía popular, burlesca o dramática, y junto con los juegos florales ve aparecer los juegos escénicos, antecedente inmediato del teatro moderno y del moderno «espectáculo». El teatro, a partir del siglo XV, se hace, y es a partir del XVI enteramente profano y servido por profesionales que viven del público a quien divierten. Desde Lope de Rueda y desde Rojas se sostiene en auge hasta Calderón y Moreto. En el siglo XVII, bajo Carlos III, la música entra a formar parte del teatro y surge lo que aún llamamos la zarzuela. El siglo XVIII y parte del XIX viven de las diversiones heredadas.

A final del último siglo se añade algo nuevo a la diversión popular, que, desarrollándose rápidamente, alcanza su plétora en el actual: el deporte, no como diversión privada, sino como espectáculo, y en este último aspecto es en el que perdura como algo dominante y absorbente, por encima de todas las demás fiestas y diversiones de carácter popular.

Parece, pues, que es congénito al hombre este tender a congregarse y solazarse en común. Pero tal inclinación es más fuerte todavía en el hombre elemental y sencillo. Y se nota por parte del Poder público una preocupación en atender esa querencia popular, fomentando y protegiendo aquellas manifestaciones multitudinarias que, con apariencia de juegos de destreza, son en realidad espectáculos de empresa, a veces de empresa con subvención o protección estatal dirigidos a la masa.

El tipo humano bien individualizado, por tener una firme conciencia propia, deja, en cuanto puede, de integrarse en la masa amorfa y deja también de divertirse como parte integrante de un todo; antes bien, busca por sí mismo su propia diversión. Su individualidad fuerte no precisa que le diviertan gregariamente en aquellos días o en aquellas horas que puede destinar a su solaz y recreo; él busca y encuentra sus propios entretenimientos en el paseo, en el deporte practicado por sí mismo, en el juego de destreza, en la lectura, la música, la práctica de un arte liberal, la excursión, el viaje y el espectáculo, si lo desea, en cualquiera de sus formas, llenando el deseo de esparcimiento en un margen de amplísima libertad.

Nuestra ciudad, como casi todas, tiene sus diversiones populares, regocijo periódico, anual, establecido por costumbre inveterada. Lo mejor que para mí tienen nuestros festejos es su gran diversidad dentro de su ingenuidad. Con ello no se nos obliga, por imperativo circunstancial, a divertirnos, lo que ya no sería diversión, sino que, como se debe, se nos reserva una amplia libertad de elección entre multitud de festejos que nos brindan para el caso las oportunidades más diversas.

* * *

Entiendo que estas llamadas actualmente Ferias de Muestras son más bien exposiciones de maquinaria, productos y utillaje de todo género. Pero que la realidad se adapte o no a la designación, es lo de menos.

Las tales Ferias se están imponiendo en todos los núcleos urbanos que aspiran a una condición superior de ciudad con potencialidad económica, y concretamente en todo el ámbito nacional, con un éxito más o menos halagüeño, pero que refleja siempre un índice potencial en el aspecto económico y mercantil de la ciudad organizadora. No es vano aquel adagio: «Cada uno cuenta de la feria según como le va en ella».

Nuestra ciudad sacará de su Feria de Muestras una impresión ajustada a la altura que le corresponda en un aspecto demográfico-económico. Y ello no es poco, pues a manera de una estadística viviente y a través de los sentidos, podremos recoger una clara imagen de hasta dónde llega nuestra recuperación después de catorce años de rehacer lo deshecho.

Las perspectivas de la Feria, al decir de los enterados, son óptimas; pero si al visitarla notamos que no está allí algo que pudiera estar o algo que aún nos falta, es que entre todos, sin exceptuar a nadie, todavía no hemos sabido alcanzar el nivel agrario, industrial o mercantil que quisiéramos ostentar, pero que no hemos sabido aún conseguir. Porque reconocer un error es ponerse ya en camino de enmendarlo y remediarlo.

Así, pues, cúmplase el adagio: «Que la Feria corone la Fiesta».



Juventud, belleza, trajes típicos, carrozas, flores, músicas... La Caravana de la Alegría recorre la ciudad...

Font: biblioteca.tortosa.cat